

ITEM ITEM I  
TEM ITEM IT  
EM ITEM ITE

revista de ciencias humanas

3

**CENTRO DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.**  
**alicante**

1809

**I T E M**  
**REVISTA DE CIENCIAS HUMANAS**

**Con la colaboración de la  
Caja de Ahorros de Alicante y Murcia**

Enero Junio

número 3

año 1978

**CENTRO DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
ALICANTE**

## SUMARIO

Rafael Navarro Mallebrera: <i>Historia de la construcción del Ayuntamiento de Elche</i> .....	7
R. Belando y G. Sánchez Recio: <i>Monnover, una villa de señorío en el siglo XVII</i> .....	23
Manuel Moragón Maestre: <i>La connotación del mito clásico en el lenguaje poético del Barroco</i> .....	41
Rafael Alemany Ferrer: <i>En torno a los primeros años de formación y estancia en Italia del humanista castellano Alonso de Palencia</i> .....	61

## NOTAS

Juan Manuel del Estal: <i>Dos cartas-privilegio de Alfonso X el Sabio y Jaime II de Aragón respectivamente a favor de la villa de Orihuela. Años 1281 y 1296</i> .....	73
Rafael Ramos Fernández: <i>Vaso de tipo «megárico» del Portus Illicitanus</i> .....	87

## **I T E M Revista de Ciencias Humanas. Publicación semestral.**

Director: Antonio Gil Olcina y Manuel Moragón Maestre; Subdirector: Juan Luis Román del Cerro; Redactor Jefe: Manuel Oliver Narbona; Administrador: Jaime Crespo Giner; Consejo de Redacción: Emilio Feliu, José Uroz, Rafael Navarro, Enrique Giménez, Mario Martínez, Enrique Rubio, María José Bono, Francisco Gimeno. M. A. Lozano.

Correspondencia, suscripciones, reseñas y distribución:

I T E M. Facultad de Filosofía y Letras de Alicante.

Suscripción anual

España: 200 Ptas. Extranjero: 300 Ptas.

Número suelto:

España: 125 Ptas. Extranjero: 150 Ptas.

## **EN TORNO A LOS PRIMEROS AÑOS DE FORMACION Y ESTANCIA EN ITALIA DEL HUMANISTA CASTELLANO ALONSO DE PALENCIA.**

**Rafael ALEMANY FERRER**

Depto. de Literatura Española de la Facultad de Filosofía y Letras de Alicante.

La figura y obra de Alonso de Palencia (1423-1492), autor, entre otros escritos, del primer diccionario latino-castellano (1490), pese a la importancia e interés que abundantes aspectos de ambas encierran para el mejor conocimiento de nuestro primer humanismo, son, hasta la fecha, escasa y deficientemente conocidas. El presente trabajo incide sobre una parcela de su biografía, precisamente aquella que, por referirse a la niñez y juventud del autor, resulta decisiva para una correcta comprensión de los ingredientes fundamentales que se acumularon en su primera formación y que, de modo decisivo, determinaron la personalidad y orientación intelectual de Palencia. La reconstrucción de tal parcela la efectuamos, en gran medida, basándonos en los elementos autobiográficos proporcionados por el propio Alonso a lo largo de su producción historiográfica y, de modo especial, en el testimonio de algunas de sus epístolas inéditas o, en el mejor de los casos, poco conocidas y, menos aún, aprovechadas.

Si difíciles son las circunstancias en que el investigador se ve envuelto a la hora de precisar los orígenes familiares de Alonso de Palencia, no menos lo son aquéllas con las que se encuentra cuando se propone averiguar el proceso biográfico comprendido entre el año de su nacimiento, 1423 y 1440. En efecto, no se dispone, prácticamente, de ninguna noticia positiva que haga referencia a este período de tiempo, hecho que motiva la existencia de una considerable laguna en el entramado biográfico del autor. Los efectos de tal *lapsus* son doblemente nefastos para todo aquel que pretenda profundizar en el estudio del cronista de Enrique IV, ya que no sólo nos hallamos ante la considerable dimensión cronológica de este silencio, sino que, además, corresponde al período de la infancia y primera juventud de Palencia, etapa sumamente decisiva en la formación de cualquier individuo humano.

Una vez más la ausencia de datos confirmados y verificables se suple mediante conjeturas más o menos afortunadas que, aunque en ningún momento pueden sustituir fielmente a aquéllos, vienen a cubrir, con todas las deficiencias que se quiera, el vacío existente.

En esta ocasión es el propio Alonso quien nos proporciona un elemento autobiográfico que, pese a corresponder a 1440 ó 1441, permite la formulación de alguna que otra hipótesis acerca de la secuencia cronológica anterior. En el capítulo tercero correspondiente al primer libro de la primera década de sus *Gesta Hispaniensia* —impropiamente conocida por *Crónica de Enrique IV*—, refiriendo las luchas nobiliarias suscitadas en época del rey Juan II por la figura de Alvaro de Luna, narra el cronista:

Mientras en estos campos se ejecutaban diariamente éstas y otras muchas hazañas, el Rey, creyendo más estrechamente cercado a D. Alvaro, reunió el ejército en Avila, y trató de liberarle enviándole al efecto al reverendo D. Alvaro de Isorna, obispo de Cuenca, varón docto y universalmente estimado, que murió poco después arzobispo de Santiago; a D. Alfonso de Burgos, y al nuncio Bautista de Padua, encargado por Enrique IV de los asuntos de la cámara apostólica. Los tres, revestidos de igual autoridad, fueron enviados para mitigar el encarnizamiento de la lucha y descercar Maqueda. *En aquel viaje me encontré yo, joven a la sazón de diez y siete años, entre los familiares del obispo de Burgos, y con ellos esperé dos días en el pueblo de Alborox la resolución del condestable don Alvaro sin la que nada querían hacer.* (PALENCIA, 1973, 13) (1)

Hasta aquí la información proporcionada por el mismo autor; es así de escueto y no ofrece más referencias acerca de su vinculación el prelado converso. A partir de aquí la formulación de hipótesis: Si a edad tan temprana se hallaba Alonso de Palencia como acompañante del obispo don Alonso de Cartagena en una misión de considerable importancia, corresponde pensar que este encuentro no fuera totalmente ocasional, sino que muy bien hubiera podido estar el cronista más íntimamente vinculado a la familia de los Santa María desde tiempo atrás. Así, Fabié (1875, 28) dice: «se introduce Palencia en la escena de la historia, dándonos noticia de haber acompañado a su señor y maestro don Alonso de Cartagena, en la embajada (...) que le encargó D. Juan II en el año 1440 ó 41, cuando el autor contaba diez y siete años y debía llevar ya algunos en la familia de aquel sabio y virtuoso prelado» (2). Nótese, por consiguiente, cómo esta declaración ya comporta en sí ciertos elementos hipotéticos que no nos proporcionaba el cronista: Fabié llama a Cartagena «maestro» de Palencia y además, sugiere la idea de que el cronista llevara ya, por aquellas fechas, algunos años junto al obispo burgalés o su familia.

Insistiendo todavía más en esta hipótesis, escribe también el mismo Fabié: «En el palacio de este Obispo sapientísimo, empezó sin duda su educación literaria Alfonso de Palencia, pues le mandaría aprender gramática (...) y las muchas historias y crónicas que, juntamente con otras obras de ciencias teologales, de leyes, de cánones y de sacra escritura, había en las cámaras de aquel egregio Prelado, de cuya vida ejemplar y sabios escritos queda, por fortuna, copiosa noticia» (FABIÉ 1875, 13). Siguiendo muy de cerca al académico de la Historia, el padre Rodríguez (1888, 22) discurría por análogos senderos cuando manifestaba: «Creíble es (...) que desde sus más tiernos años recibiera de tan sabio y digno maestro esmerada educación, enterándose bien de la lengua latina, de la que tan gallardas muestras nos ha dejado en sus obras, y cultivando luego los estudios filosóficos y teológicos, para los cuales tan buena proporción se le ofrecía con la rica y escogida biblioteca de aquel entendido obispo». A fin de cuentas, tanto Fabié como Fr. T. Rodríguez y los posteriores estudiosos que insistieron en este aspecto (MENENDEZ PELAYO, 1953, 14; PUYOL Y ALONSO, 1921; ALVAREZ DELGADO, 1963, 52) no hicieron más que girar en torno a lo que, bastantes años atrás, ya había apuntado P. Sáinz de Baranda cuando, con absoluta certeza, declaraba que Palencia había sido «educado entre los familiares del virtuoso y docto obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena». (3)

A. Paz y Melia (1973, X) sin embargo, no plantea demasiado por extenso la relación del cronista con el prelado burgalés. Para ser más exactos, nada dice de ello, excepción hecha de la paráfrasis que realiza del fragmento de la primera década en que Palencia se refiere a su presencia en el sitio de Maqueda y una fugaz referencia a la posibilidad de que nuestro hombre fuera recomendado por D. Alfonso al cardenal Besarión. El señor Paz, pues, se mantuvo en un prudente silencio, dejando de reproducir las hipótesis que, infaliblemente, se habían reiterado por parte de los eruditos antes citados.

Desde nuestra perspectiva actual, pienso que no es aventurado confirmar que Alonso de Palencia pasó la primera etapa de su vida vinculado a la familia de los Santa María y, concretamente, al palacio episcopal de Burgos. Su testimonio personal junto a Cartagena en el sitio de Maqueda, su relación posterior en Italia con el cardenal Besarión — amigo del de Burgos —, así como que Luis González — supuesto padre del autor (SERRANO PINEDA, 1942, 194 y 304-5 — (4) figurara como testigo en un documento del episcopado, tienden a dejar un testimonio bastante firme de ello. Aún otro dato más decisivo, si cabe, contribuye a desvanecer dudas en este sentido: consta documentalmente que, en 1450, Alonso de Palencia fue nombrado racionero de la catedral de Burgos por Alonso de Cartagena (SERRANO PINEDA, 1942, 259; CANTERA BURGOS, 1952, 393), hecho que, sumado a los otros apuntados, evidencia con suficiente crédito que el cronista era, desde antiguo, hombre de confianza de la familia conversa que regía la catedral.

Ahora bien, al hablar de la primera formación de Palencia bajo los auspicios de don Alonso de Santa María, conviene tener presente que éste último permaneció ausente de la península durante unos cinco años. En efecto, en 1431 se había convocado el concilio de Basilea por el Papa Martín V; este pontífice falleció el mismo año, pero el concilio se celebró con Eugenio IV. En 1434 Alonso de Cartagena se incorpora a las discusiones de Basilea, como representante de la Iglesia española, cuando contaba Palencia unos diez u once años de edad. Fuera de España permaneció el prelado hasta finales de 1439, pues, si bien es cierto que en 1437 la condena de Eugenio IV efectuada por los obispos y cardenales provocó que «aquella reunión se convirtiera en conciliábulo, del que se retira España y otros» (ALVAREZ DELGADO, 1963, 53-54), el prelado castellano no regresó de inmediato a la península, sino que marchó como embajador a la corte del rey Alberto de Bohemia, emperador desde 1438 (PENNA, 1959, XLIX), donde permaneció hasta la fecha arriba indicada. Por esta razón «nuestro biografiado, desde los once hasta los dieciseis años – edad de importancia esencial para la formación de la personalidad – no pudo recibir ningún influjo de parte del ilustre prelado burgalense y desde 1435, tampoco de parte de Don Pablo de Santa María que (...) murió en aquel año» (PENNA, 1959, CXXXVII).

En conclusión: certeza casi absoluta de que Alonso de Palencia debió a la familia de los Santa María, especialmente a D. Alonso de Cartagena, los inicios de su formación intelectual; en el palacio episcopal de Burgos tendría ocasión de tomar contacto con las riquezas bibliográficas que allí se guardaban, fruto del afán humanístico que caracterizó a Don Alonso. No obstante, a la hora de precisar cronológicamente el tiempo que allí permaneció el cronista, surgen dos posibilidades: que ya fuera familiar de los Santa María antes de 1434, fecha en que Don Alonso marcha a Basilea, y que, ante la ausencia del prelado, continuase igualmente vinculado al palacio, o bien que se introdujera en él tras el regreso del mismo en 1439. Esta última hipótesis es la única que se puede confirmar con absoluta certeza, pues de 1440 es el documento de compra de los *Morales* de Job que aparece firmado por el supuesto padre de Palencia, y del mismo año, o del siguiente, es el episodio de Maqueda que nos relata el propio autor. Sea como fuera, Alonso de Palencia, por mayor o menor tiempo, según se acepte el primero o el segundo de los criterios señalados, tuvo ocasión de acudir a aquella «escuela pública de toda doctrina», como llamaron sus contemporáneos a la sede episcopal burgalesa, de corte muy semejante al de los palacios eclesiales humanísticos que florecían en Italia y cuyo modelo, sin duda, pretendió imitar a su regreso Alonso de Cartagena.

Tras el período de permanencia junto a D. Alonso García de Santa María, Palencia efectúa un viaje a Italia; Florencia y Roma son



las ciudades que mejor parece haber conocido, y sin duda alguna, en ellas debió distribuir la mayor parte del tiempo que allí vivió (PFANDL, 1935, 341). También ahora surgen las dificultades para precisar la cronología de este acontecimiento. Los únicos datos exactos que se poseen permiten tan sólo fechar el regreso a España, pero no así la partida hacia la península itálica. Únicamente ciertas palabras del autor en una carta dirigida a Jorge de Trebisonda, su maestro en aquellas tierras, permiten asegurar que su marcha a Italia debió tener lugar en fecha bastante cercana a su presencia en el cerco de Maqueda. En la carta aludida, que escribió a propósito de su segundo viaje a Roma en 1464, manifiesta el cronista:

Verum quidem non inferior alacritatis compensatio fuit, quando obtulit sese oportunitas visendi *provincia mihi ab adolescentia primera gratissimam: Italiam, scilicet.* (5)

De modo que si, como anteriormente vimos, en 1440 ó 1441 aún estaba en España y aquí asegura que Italia le era una provincia muy grata desde su primera juventud, necesariamente debió trasladarse allá en el mismo 1441 o poco más tarde, pues no hay que olvidar que en esta fecha contaba ya Palencia con diecisiete años de edad y mal se entiende la denominación *adolescencia prima* si se la quiere referir a edad demasiado tardía (PELLICER, 1778, 6; FABIE, 1875, 13-4; MENENDEZ PELAYO, 1953; PUYOL Y ALONSO, 1921, 12; y SERRANO PINEDA, 1942, 259) (6). Otro elemento que contribuye a prestar consistencia a esta hipótesis se desprende de la alegoría desarrollada en los capítulos finales del tratado de la *Perfección del triunfo militar*, a la cual incorpora el autor, muy probablemente, ciertas reminiscencias del triunfo celebrado por Alfonso V el Magnánimo al entrar vencedor en Nápoles en 1443 (PENNA, 1959, CLIII). Quizás Palencia tuvo ocasión de presenciar estas ceremonias como testigo ocular. Finalmente, tampoco puede atribuirse a casualidad que, en la primera de sus *Décadas*, tras proporcionar fechas exactas de los sucesos hasta 1441, inicie una larga narración que prescinde de ellas hasta alcanzar los hechos sucedidos en los primeros años del decenio siguiente – 1450 – (7), momento de su regreso.

Más fácilmente se puede determinar el retorno a España. El propio Palencia viene a testimoniar que todavía se hallaba en Roma a finales de 1452 o primeros de 1453, es decir, antes de la toma definitiva de Constantinopla por los turcos, acaecida en mayo de este último año, ya que declara haber visto y oído las súplicas que, en demanda de socorro, efectuó ante el Pontífice la última legación de la ciudad asediada, así como los debates que con tal motivo tenían lugar en la Curia:

Estos y otros razomanientos semejantes oí yo mismo repetir a los íntimos del Pontífice, y vi también al último legado Gabriel, digno de todo crédito y venerable por su dignidad, experiencia y pureza de costumbres. (PALENCIA, 1973, 51).

Por otra parte, una de las cartas del códice de Burgos de Osma número 57 — que contiene entre otras cosas, cinco epístolas de Palencia todavía inéditas — (8), nos da la noticia de que en junio de 1453 el autor estaba ya en España. Va dirigida esta carta a un tal Pedro de Luna, que, casi con plena certeza, debe ser el hijo bastardo del condestable don Alvaro que, en palabras del mismo cronista, «lo tuvo en una noble dama de Toledo» (PALENCIA, 1973, 127). Gira la carta en torno a la muerte de don Alvaro de Luna, decapitado en junio de este mismo año. Junto a algunas consideraciones acerca de la vanidad mundana, Palencia pide disculpas a don Pedro por no haberles escrito anteriormente, excusándose por haber estado muy ocupado en la disposición de su residencia tras el reciente regreso de Italia. (9). Puesto que la carta habla de la muerte del condestable como de hecho muy reciente, lógico es deducir que el cronista debió volver a su patria alrededor de los meses de mayo o junio, cuando ya Constantinopla había sido conquistada.

Alonso de Palencia permaneció, pues, en Italia durante un dilatado período de tiempo, unos diez años aproximadamente 1442-1453 —. A lo largo de tal etapa tuvo ocasión de tomar contacto con las diversas manifestaciones del auge cultural que por entonces proliferaba, de aquí que no tengan demasiado sentido las afirmaciones que S. Gili Gaya hace cuando, acerca del autor, dice que «se traslada a Italia en la madurez de su vida, en tanto que Nebrija va a los diecinueve años, casi adolescente, y permanece allí una década que le permite soltar el lastre de sus primeros estudios y lanzarse con osadía juvenil a navegar con rumbo seguro entre los vientos nuevos de la cultura renaciente» (1967, I, 6). Obviamente, olvida don Samuel este primer y decisivo viaje a Italia de Palencia, pues, a juzgar por sus palabras, sólo parece referirse al segundo viaje que el cronista realizaría en 1464, de menor duración, a la vez que bastante menos significativo de cara a la penetración humanística del autor. De modo que tanto Palencia como Nebrija contaban la misma edad cuando partieron de España, alrededor de los diecisiete años; ambos permanecieron fuera de ella por análogo período de tiempo, o sea unos diez años, y los dos tuvieron ocasión de profundizar en los *studia humanitatis* que allí florecían, con la única diferencia que Alonso de Palencia lo hizo con una veintena de años de anticipación al nebrijense, lo que le llevaba en edad.

Conviene recordar, a nuestro propósito, que durante el pontificado del mecenas Nicolás V, e incluso aún en el de Calixto III (1455-1458), Roma fue, después de Nápoles, el centro principal de

contactos culturales de muchos españoles, pues, casi a la vez que Alfonso el Magnánimo se establecía en Nápoles, lo hacían en ella un buen número de españoles en torno a don Alfonso de Borja, nombrado cardenal en 1444, si bien el trasiego cultura hispano-italiano, que en estos momentos iba llegando a sus cimas, ya gozaba de algunos precedentes anteriores, como el propio Juan II de Castilla (1419-1454), que gustaba de los autores latinos, en cuya lengua le había adiestrado su maestro Pablo de Santa María, y cruzaba correspondencia con Leonardo Bruni de Arezzo, tal como también haría Alonso de Cartagena. A propósito de estos intercambios de correspondencia, escribe J. Marichal (1971, 33): «El gesto de Cartagena (...) respondía al afán de él y de sus compañeros castellanos por salir del monólogo y de las interrogaciones provincianas, por establecer vínculos con los humanistas transpirenaicos». Por Roma pasaron, además de nuestro autor, entre otros, Juan de Mena, Juan de Lucena – autor del *De vita beata* –, Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470) – personaje importante en el pontificado del Pío II y de Paulo II –, Juan de Torquemada (1388-1468)..., cada uno de ellos con diversos intereses, pero que, básicamente, se pueden reducir a dos: o los de carácter humanístico, o los de carácter teológico o eclesial, teniendo en cuenta que ambos, en la mayor parte de las veces, se daban íntimamente vinculados (MEREGALLI, 1961, 634). Los concilios, especialmente el de Constanza (1414) y de modo definitivo, el de Basilea-Ferrara-Florenia (1431-1445), contribuyeron en gran medida al desarrollo de los contactos referidos, puesto que a ellos «acudieron obispos y doctores españoles, los cuales, sin querer, se impregnaban más o menos del ambiente literario en que tenían que moverse. Juan de Segovia, Juan de Carvajal, Juan de Torquemada, el mayor teólogo de su siglo, y el Tostado, pasmo de sus coetáneos, intervinieron brillantemente en la historia de la Iglesia y alcanzaron renombre europeo» (VILLOSLADA, 1968, 327).

El período italiano del cronista gira en torno a dos personalidades de considerable relieve: el cardenal Besarión y Jorge de Trebisonda. Los dos, junto a otros muchos, como Poggio, Silvio Piccolomini, Beccadelli y Lorenzo Valla, o, entre los españoles, Stúñiga, Carvajales, Ferrán Valentí, Luciano Colomer, Jaime Pau, Juan Ramón Ferrer y Pere Miquel Carbonell, fueron protegidos y favorecidos por Alfonso el Magnánimo (VILLOSLADA, 1968, 326). Besarión, arzobispo de Nicea, había llegado a Italia en marzo de 1438 como miembro del séquito del emperador Juan Paleólogo, cuando éste fue allí para procurar la unión de las iglesias de Oriente y Occidente, a favor de lo cual se resolvió Besarión, en gratitud a cuyos servicios fue nombrado cardenal el 12 de diciembre de 1439 (PASTOR, 1910, 453 y 458). Intervino activamente en los diversos concilios que por aquellos tiempos tuvieron lugar, especialmente en el de Basilea, donde tuvo la oportunidad de conocer a Alonso de Cartagena, con quien estrechó

fuertes lazos de amistad, de aquí, que sea más que probable que Palencia fuera recomendado a él por el obispo burgalés, tal y como sugirieron sus biógrafos. Establecido definitivamente en Italia el obispo de Nicea, convirtió su palacio en uno de los centros culturales de mayor prestigio, al que acudieron con frecuencia a celebrar discusiones distintos humanistas de Italia y Grecia, entre quienes puede mencionarse a Flavio Biondo, Filelfo, Poggio, Campano, Perotto, Calderino y Platina (PASTOR, 1910, 459 y nota 2 de la misma pág.). En esta especie de academia se discutían, fundamentalmente, cuestiones de filosofía platónica, defendida tenazmente por el cardinal, frente a las tendencias aristotelizantes de Jorge de Trebisonda (PASTOR, 1910, 459). Además de estos debates, Besarión se dedicó a la traducción al latín de diversas obras griegas que tanto abundaban en su biblioteca, ya que de los setecientos cuarenta y seis manuscritos que en ella alcanzó a poseer, cuatrocientos ochenta y dos correspondían a autores helenos (PASTOR, 1910, 460). Inmerso en este ambiente de actividad intelectual permaneció Palencia mientras estuvo en la casa del egregio prelado como su familiar; de tal período, en que, por cierto, sufrió una no leve enfermedad, debió conservar siempre un grato recuerdo en su memoria, tal y como se deduce de la misma carta a Trebisonda ya más atrás citada:

Deum testor praecipua mihi extitisse inter incitamenta denuo urbem hilariter visitandi, qui presentiam Reuerendissimi domini mei Cardinalis Nicenij desideratissimam possem intueri, quum fuerit mihi humanissimus ea tempestate dominus, quando mihi apud Reuerendissimam eius benignitatem impeditum domesticum (ut aiunt) famulatum, graui postea valetudine diutius laboranti paternam opem elargiri dignatus est, laudabili sapientia amplioque virtutum numimine etiam ornatissimus (...)(10).

Jorge de Trebisonda, también griego de orígenes y, según Pellicer (1778, 6), uno de los que más frecuentaba la casa del cardinal Besarión, había llegado a Italia antes que éste, en 1432, a instancias del patricio veneciano Francisco Bárbaro. En Venecia empezó a impartir sus enseñanzas el sabio griego, aunque al poco tiempo tuvo que trasladarse a Roma por haber sido nombrado secretario pontificio, cargo que hizo compatible con la docencia de la filosofía y la retórica (PELLICER, 1778, 6; FABIE, 1875, 14-5). Discípulo suyo fue Alonso de Palencia, que confiesa deberle todo cuanto alcanzó a saber: «*quae dedici tu ducui*», (11) y a quien dedica grandes elogios: «*pater optime, uirtutis decus, peritiae columen (...), si enim quis est scientiae compos, es tu; si quis cognitor experientiae, tu etiam eris*» (12). También la estima y consideración en que Trebisonda debió tener a Palencia serían muy significativas, a juzgar por las

afectuosas palabras con que el maestro inicia la respuesta a la carta de su discípulo:

Legi litteras tuas tanto alacriore animo, quanto te doctiorem atque eloquentiorem esse percepi quam existimaram; nam et si semper et ingenio te feruenti, et usu rerum peritum et litterarum cognitione singulari cognoui, tamen hac in dicendo ad me facundia, elegantia, facilitate vicisti ipinionem meam (13).

De los muchos contactos que Palencia debió tener con diversidad de personajes de la élite intelectual y eclesiástica italiana del momento, (14) además de los que necesariamente mantuvo con Besarión y Trebisonda, nos ha quedado documentalmente atestigüado otro más: el que le unió al famoso librero florentino Vespasiano da Bisticci. La correspondencia entre ambos, de seguro más abundante que la exigua muestra que conservamos, nos da buena cuenta de la amistad que entre ellos existió. Sirva de ejemplo el bello párrafo inicial de la única epístola que se conoce de Da Bisticci a Palencia:

Quidam familiaris reverendi patris ac praesulis Hispalensis reddidit mihi nuper elegantissimas litteras tuas, ex quibus non mediocrem cepi animo voluptatem. Renovarunt enim memoriam amicitiae nostrae, qua vivente Nicolao pontifice, ita inter nos devincti coniunctique fuimus, ut mihi persuasum sit nullum esse intervallum aut temporis aut loci, quod huic mutuae benivolentiae possit obesse. Distantia enim locorum, ut Aristoteles inquit, amicitiam non tollit. Tu de te scis; ego de me ipso profitebor. Eae sunt virtutes tuae, ea humanitas, ea in me merita ut dum vivam immemor tui esse nom possim. (Apud MUNDO, 1964, 275-6). (15)

El cronista, como ya apunté anteriormente, además de haber residido en Roma, ciudad donde tenía su sede Besarión y en la que Trebisonda impartía públicamente sus enseñanzas, vivió también en Florencia; de ello no sólo tenemos el testimonio de su íntima relación con Vespasiano, sino también el reiterado elogio que de esta urbe realiza en diversas partes de su obra, de modo especial en las *Décadas* y en su carta de respuesta al librero: «La nobilísima ciudad de Florencia, entre las otras del mundo la más floreciente» (PALENCIA, 1973, 37) y «semper floridam, nunc uero florentissimam urbem» (MUNDO, 1964, 281) (16). En esta ciudad conocería a otros intelectuales, ya fuesen florentinos, ya extranjeros emigrados allí, como en el caso de Juan Argirópilo el bizantino, traductor de Aristóteles, refugiado en Florencia al evadirse de la amenaza turca (MUNDO, 1964, 281).

En resumen, el largo período vivido en Italia por Alonso de Palencia, debió ser, sin duda, fundamental en su formación, así como

en experiencia de vida. Fue entonces cuando empezó a perfilarse de manera decisiva la fuerte personalidad del que más tarde gozaría de estimable prestigio en las diversas cortes de los reyes de Castilla, reputación que, ciertamente, le vendría de la aureola humanística adquirida en el suelo italiano. En su madurez le dirá Fernando el Católico en cierta ocasión: «tú, Palencia que leiste tantas historias» y el mismo monarca, dirigiéndose al cronista y a Alfonso de la Caballería: «vosotros que visteis mucho y leisteis más» (PALENCIA, 1975, 162). Tan breve muestra – por no citar otras – es suficiente para dar testimonio de la estima en que se tenía el valor intelectual y humano del palentino en las más altas cimas de la Corte.

Mientras Alonso de Palencia transcurría sus días en aquel interesante ambiente italiano, su antiguo protector, Alonso de Cartagena, continuaba teniéndole presente desde la silla episcopal burgalesa. En efecto, en «mayo de 1450 era nombrado racionero de la Catedral de Burgos por letras apostólicas, obligándose en su nombre a pagar los derechos de colación al Cabildo el platero de la ciudad, Juan de S. Juan, y el sobrino del obispo, Juan Garcés de Maluenda» (SERRANO PINEDA, 1942, 259; cf. CANTERA BURGOS, 1952, 393). Esta noticia lleva a pensar en la posibilidad de que el cronista hubiera recibido órdenes religiosas. Lo cierto es que no disponemos de fuentes que nos acrediten tal hipótesis con las suficientes garantías, pero su casi constante vinculación a los medios eclesiásticos, de la que es exponente su relación con Cartagena, con Besarión y posteriormente, con los arzobispos Fonseca, tío y sobrino, así como las gestiones diplomáticas ante el pontífice Pedro Barbo – Paulo II – (PALENCIA, 1973, -155-7), por no citar infinidad de contactos con otras altas jerarquías de la iglesia peninsular e italiana, no descartan que sean, en efecto, ciertas las palabras de P. Sáinz de Baranda, cuando, dirigiéndose a los académicos de la Historia, afirmaba que Palencia «era ministro de la Iglesia y vivía penetrado de la mansedumbre y lenidad que tan inseparables son del sagrado ministerio» (17)

## N O T A S

- (1) El subrayado es mío.
- (2) Los subrayados son míos.
- (3) En el «Informe» de 6 de septiembre de 1833, que se leyó en la RAH los días 6, 13 y 20 del mismo mes y año; recogido en LOPEZ DE TORO, 1970, 87-118. La cita en págs. 105-106.
- (4) Vid. «Merced de secretario de Cámara y notario de Corte a Alfón de Palencia, hijo de Luis González de Palencia», extendida en Toro, el 15 de julio de 1475. Archivo de Simancas; Mercedes y privilegios: legajo 11.

- (5) Esta carta se nos ha preservado en dos manuscritos: el T. 291 de la BNM, ff. 264-70, y el de la Biblioteca Vaticana Lat. 6845, ff. 28-31v. Tomo la cita del MS. T. 291 de la BNM, f. 264.
- (6) Por el contrario, M. Penna (1959, CXXXVII-CXXXVIII) opone algunas reservas.
- (7) Así por ejemplo: la boda de Enrique IV con Blanca de Navarra en septiembre de 1440 (PALENCIA, 1973, 10); los combates en Medina contra Alvaro de Luna tras el sitio de Maqueda: 7 de mayo y 15 de junio de 1441, (PALENCIA, 1973, 13 y 15). Pero, en cambio, no se dan más fechas hasta llegar al 23 de abril de 1451 – nacimiento de la princesa Isabel, futura Reina Católica – y 10 de marzo de 1452 – nacimiento de Fernando de Aragón – (PALENCIA, 1973, 35 y 42, respectivamente). También se refiere a la toma de Constantinopla por los turcos en mayo de 1453. Desde aquí la cronología tiende a una mayor regularidad.
- (8) Folios 116-116v y 121v-129v. Vid. ROJO ORCAJO, 1929, 128-30.
- (9) Cf. códice 57 de Burgos de Osma, f. 124.
- (10) MS. T. 291 de la BNM, f. 267.
- (11) *Ibid.*, f. 266.
- (12) *Ibid.*, f. 165.
- (13) *Ibid.*, f. 268. Esta carta de respuesta puede hallarse también en el MS. Florencia, Riccardiana 907, ff. 115-117v.
- (14) Entre los eclesiásticos es muy probable que conociera a Francisco Saroná, futuro Sixto IV, personaje muy vinculado a la órbita de Besarión (PALENCIA, 1975, 34).
- (15) Esta epístola fue editada, primeramente, por Ferdinando Fossi en «Monumenta ad Alemani Rinuccini vitam contextendam ex manuscriptis codicibus plerumque eruta edebat F. Fossius», Florentiae, 1791, págs. 60-3. Tomo la cita, en cambio, por más accesible, de la reedición en MUNDO, 1964, 275-7.
- (16) Carta hallada y editada por A. M. Mundó (1964, 280-1). La edición está realizada sobre el yexto que proporciona la única copia hasta ahora encontrada, perteneciente al MS. 882 de Montserrat.
- (17) En «Informe» cit. en nuestra nota 3, apud LOPEZ DE TORO, 1970, 106. En abundantes ocasiones se reflejan, a lo largo de su obra, posibles indicios de tal condición. Sirvan como botón de muestra los minuciosos detalles con que refiere diversos episodios de la Curia romana, así como las prolijas caracterizaciones de relevantes miembros de la misma (PALENCIA, 1975, 34-6).

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alvarez Delgado, J.  
1963. «Alonso de Palencia y la historia de Canarias», AEA, IX, 51-80.
- Cantera Burgos, F.  
1952. «Alvar García de Santa María y su familia de conversos. Historia de la judería de Burgos». Madrid.
- Fabié, A. M.  
1875. «Discursos leídos ante la RAH en la pública recepción de...». Madrid.
- García-Villoslada, R.  
1968. «Renacimiento y Humanismo», en HGLH, dirigit por G. Díaz-Plaja, II. Barcelona.
- Gili Gaya, S.  
1967. «Nota preliminar» a la edición facsímil del «Universal Vocabulario en latín y en romance», de Alonso de Palencia, Madrid.

- López de Toro, J.  
1970. «Estudio» de la «Cuarta Década de Alonso de Palencia», I. Madrid.
- Marichal, J.  
1971. «La voluntad de estilo». Madrid.
- Menéndez Pelayo, M.  
1953. «Biblioteca de traductores españoles», IV. Madrid.
- Meregalli, F.  
1961. «Le relazioni tra la letteratura italiana e la letteratura spagnola». Venezia.
- Mundó, A. M.  
1964. «Una lletra d'Alfons de Palència a Vespasià da Bisticci», en «Studi di Bibliografia e di Storia», III, 275-7. Verona.
- Palencia, A. de  
1973. «Crónica de Enrique IV», I. Madrid (BAE, 257).  
1975. «Crónica de Enrique IV», II. Madrid (BAE, 258).
- Pastor, L.  
1910. «Historia de los Papas», I. Barcelona.
- Paz y Meliá, A.  
1973. Introducción a la «Crónica de Enrique IV». I. Madrid (BAE, 257).
- Pellicer, J. A.  
1778. «Ensayo de una biblioteca de traductores españoles», II. Madrid.
- Penna, M.  
1959. «Estudio preliminar» a «Prosistas castellanos del siglo XV». Madrid (BAE, 116).
- Pfändl, L.  
1935. «Uber Alfonso Fernández de Palencia», ZRP, LX, 340-60.
- Puyol y Alonso, J.  
1921. «Los cronistas de Enrique IV: Alonso de Palencia», BRAH, LXXIX, 11-28.
- Rodríguez, Fr. T.  
1888. «El cronista Alonso de Palencia», en «La Ciudad de Dios», XV, 17-26, 77-87, 149-56, 224-9 y 229-303.
- Rojo Orcajo, T.  
1929. «Catálogo descriptivo de los códices que se conservan en la Santa Iglesia Catedral de Burgo de Osma». Madrid.
- Serrano Pineda, L.  
1942. «Los conversos D. Pablo de Santa María y D. Alfonso de Cartagena». Madrid.

## ABREVIATURAS

- AEA: «Anuario de Estudios Atlánticos».  
BAE: «Biblioteca de Autores Españoles».  
BNM: «Biblioteca Nacional de Madrid».  
BRAH: «Boletín de la Real Academia de la Historia».  
HGLH: «Historia General de las Literaturas Hispánicas».  
RAH: «Real Academia de la Historia».  
ZRP: «Zeitschrift für Romanische Philologie».